

Lunes XIV del TO  
Ciclo B



8 de julio de 2024

Os 2,16.17-18.21-22

Sal 144

Mt 9, 18-26

P. Eduardo Suanzes, msps

Les sugiero que lean el Evangelio primero; luego (si acaso) esta reflexión y, por fin, tomen la Primera Lectura como colofón de todo lo que han reflexionado-orado. Verán que todo cuadra, que la Primera Lectura es el colofón perfecto para el día de hoy y que le da una plenitud inesperada. Y la única palabra que les saldrá del corazón será: ¡gracias!

En el Evangelio, la Liturgia dice que se acerca a Jesús «un jefe de la sinagoga». Pero el texto de Mateo no dice nada de eso. Dice que se acerca un «jefe», o un «magistrado», un personaje importante<sup>1</sup>. En efecto. El magistrado es un judío importante y honorable; es una persona «digna» socialmente que se dirige a Jesús (sin que nadie se lo impida, porque puede); simboliza a los vinculados a la Ley, legalista, e interpretadores de ella. También simboliza a las personas que lo han tenido todo en la vida: aceptación, dignidad, relevancia, respetabilidad, alto status.

El magistrado<sup>2</sup>, pues, es una persona importante de este sistema social discriminatorio que separa a los puros de los impuros, a los que son de los que no son, sí, pero cuyos resultados son la muerte del inocente: su hijita ha muerto, no ha podido vivir en ese sistema que la ha engendrado, no ha podido llegar a ser mujer plena, sino que su destino ha sido la muerte. ***Pero que un jefe como este se postre en público ante Jesús*** y le suplique que imponga las manos a su hijita para que «su hija viva», es absolutamente escandaloso, difícil de imaginar por lo fuerte que es; por eso es que este gesto debe tener un significado profundo; en efecto, indica que el magistrado está reconociendo el fracaso del sistema que representa para generar salvación y vida. Este hombre simboliza al Israel fiel que se da cuenta de la inutilidad de una religiosidad postrante y que «ve» en Jesús la liberación de esas ataduras mortales. Es el paso de la fe en las normas (él es un legalista) a la fe en Jesús, a la confianza en Dios: se postra ante Jesús. Jesús nos discrimina: se va con él.

Entonces Mateo interpola este relato de la curación de la mujer con flujos de sangre, siguiendo con el sentido de lo que quiere transmitir. En efecto. Aparece una mujer (ser marginado por esa religiosidad) que padece flujos de sangre uterinos desde hace 12 años. El dato del número 12 no es gratuito. Ya sabemos que 12 simboliza a Israel, a las 12 tribus por lo que esta mujer simboliza a todas las mujeres de Israel. En aquella antigua cultura la

---

<sup>1</sup> En Marcos sí. Se trata allí de Jairo, el jefe de la sinagoga. Aquí no; por eso la Liturgia, al ser un texto paralelo, lo mezcla presentándonos a este sujeto como tal. Pero prefiero mejor ser fiel al texto. Es un magistrado.

<sup>2</sup> Cfr. SIXTO IRAGUI AGUIANGA. (Profesor de la Escuela de Teología de la Universidad de Tudela). *El Jesús Histórico III. Sanaciones*

sangre era donde residía la vida. Perder sangre era perder vida, estaba «fuera de lugar», era «impuro». Según el Levítico, una mujer con flujo de sangre menstrual, quedaba impura durante siete días, en los que no podía tocar a nadie (le contagiaría su impureza) ni nadie podía tocarle a ella ni a nada que ella hubiera tocado. El drama de esta mujer es, pues, terrible. Mientras era niña (y simplemente por serlo) no contaba para nada, era en todo dependiente de la voluntad del paterfamilias (que podía alquilarla como esclava y decidía su destino-casamiento). A los 12 años dejó de ser niña comenzando con la menstruación que le hacía impura todos los meses. Pero luego padecería 12 años, de flujos de sangre: «impura» total, es decir, condenada a la soledad, a la marginación, al apartamiento, sin poder tocar a nadie ni ser tocada por nadie. El drama del personaje queda así plasmado con unas pocas palabras: es alguien que padece una total postración desde que nació, una «nadie» que no contó para nada, que está aislada de todo y de todos: es una «muerta en vida» (lo mismo que la hija del jefe a quien Jesús acompaña).

Ella pensaba: «*con solo tocar el manto me curaré*». Si piensa esto es porque seguramente habría escuchado hablar de Jesús. Esto nos lleva a recordar la parábola de la semilla que germina en buena tierra. Eso es la fe, la confianza en que ese amor de Dios donado da plenitud, dignidad, libertad. Y esa mujer postrada queda tan dignificada que «se atreve» a todo, incluso hasta a violar la Ley que la obligaba a estar apartada de todos para no tocarles ni rozarles: se acerca entre la gente y se atreve a «tocar» el «manto» de Jesús.

«Manto», en el pensamiento bíblico, tiene un triple sentido simbólico: figura de un reinado o reino; figura del espíritu de una persona; figura de la persona misma. Aquí, pues, tocar el manto significa identificarse con Jesús, adherirse a él, es la expresión de su fe. Y su confianza le lleva a superar el miedo de esa Ley que le aparta, que la separa, lo que le da la libertad de ser persona: la salvación de su persona.

La respuesta del evangelio es solemne. Mateo hace que Jesús hable de nuevo como hablaría Dios Padre y le llame «*Hija*». Dios habla por la boca de Jesús, por la boca de quien expresa el amor, y muestra cuál es su verdadera Ley de amor: «eres mi hija» (= te amo). Y añade: «*tu fe te ha salvado*». Ella no queda salvada por una acción externa de Dios ni de Jesús, **sino por la fe o confianza que ella muestra**, («*ten confianza*», le dice Jesús) en su interior y en su acción personal. Ella queda curada, liberada del peso-ataduras que le llevaba a verse como impura, como alguien indigna de Dios. No es así: Dios es tu padre y su amor es en ti siempre.

Al llegar a la casa Jesús les pide que tengan esperanza frente a toda desesperanza. Y en este momento se señala por vez primera en un evangelio un dato definitorio de la muerte: «*La niña no está muerta, está dormida*». Es la negación de la muerte como algo definitivo y terrible. Jesús la define como un «sueño». Cuarenta años después el Evangelio de Juan dirá lo mismo de la muerte de Lázaro: «*nuestro amigo Lázaro está dormido; vamos a despertarlo*»<sup>3</sup>. La muerte no es algo definitivo. Jesús mostró que todo hombre es hijo de

---

<sup>3</sup> Jn 11,11

Dios, es decir, que es Vida que fluye amorosamente de Dios, de su espíritu, de su ser. No existe el hombre-sin-vida al que se le da-vida, sino que el hombre es-vida, y es-vida para siempre, pues Dios no es temporal, ni su ser-vida tampoco. Al final, la resurrección de Jesús subrayará todo esto y le dará sentido histórico, pues mostrará ya «ahora» la Vida por encima de la materialidad y la muerte.

Como en otros pasajes, Jesús rompe las leyes de pureza y toca a la muerta (otra vez se hace «impuro»). De nuevo el «tocar» como camino de sanación-salvación, como adherirse, acoger, identificarse con el ser tocado. Es un acto de amor contraer impureza al tocar a una muerta. Es un acto de amor de Jesús que «se rebaja» o «se desprende» de su rango-honor de varón y se identifica con una niña que no cuenta para nada (los niños eran «últimos» en el orden jerárquico de esa sociedad). Tocar a la niña es hacerse niña. Ahí se marca el camino de la salvación, y la invitación, tan repetida en los evangelios, a todos: toquen a los últimos haciéndose últimos; amen a los no-valorados e indignos uniéndose a ellos. «*Tomar la mano*», propio del lenguaje de bodas, expresa claramente esa «unión», ese esponsal con los últimos. ¿Puede expresarse más contundentemente la unión festiva y vitalizante de Dios con los postrados y su dignificación-salvación?

Ahora lean, después de unos instantes de reposo, la Primera Lectura.